

«spahi», Mi hermano Ives, El pescador de Islandia, Crisantema, Propósito de destierro, Japonerías de Otoño, En Marruecos, El libro de la piedad y de la muerte, Fastasma de Oriente, Marinero, Jerusalén, la Galilea, El desierto, Ramuncho, Reflejos de la obscura senda y Las desencantadas.

Loti es un impresionista que no se preocupa del análisis psicológico de los personajes que intervienen en sus libros, que por regla general no pueden llamarse propiamente novelas. El encanto verdaderamente extraordinario y único de sus obras emana de la potencia lírica de este poeta, que no ha escrito jamás en verso, y que presta el reflejo de su alma al mundo circundante. Las obras de Loti son populares en todo el mundo civilizado.

Fantasma de Oriente ⁽¹⁾

I

Septiembre: 188...

Medianoche, después de un fresco atardecer de septiembre en el que ya se anuncia algo del otoño. Silencio por doquier. En mi casa familiar, apaciblemente adormecida, permanezco solo, desvelado, sumido el espíritu en gran turbación de ansiedad y de espera. Poco después de las dos, me retiré a mi cuarto, diciendo que iba prudentemente a acostarme, en previsión de mi partida matinal del día siguiente. Más el sueño no

(1) Salvando los fueros de la ortografía,—y más, cuando ésta se pone al servicio de voces onomatopéyicas—de la prosodia y hasta de las puras adaptaciones castellanas, conservamos, por respetos al autor, tal cual él la escribió, la notación de muchos nombres propios de personas y de lugares; así como la de las palabras exóticas, para franceses y españoles, que aparecen en este bello libro, de fama universal.

llega. Encerrado en mi departamento particular, errando sin objeto de una habitación a otra, permanezco vagamente pensativo, como en la víspera de mis grandes marchas de marino para campañas largas y lejanas, y, en mi interior paso una lenta revista siniestra, de tiempos ya lejanos, de cosas, para siempre acabadas, de rostros borrados ya por la muerte.

Sin embargo, esta vez no salgo más que por un mes; no iré más allá de Constantinopla;... pero el viaje será triste.

Menester ha sido que en aquellas tierras se haya realizado un acto inolvidable de este negro hechizo que ha sido mi vida, para que yo me inquiete, de tal modo, ante la sola idea de volver allá; para que todo cuanto de allí proceda: una palabra tártara que asalta mi mente; un arma oriental; una tela turquesca, un perfume, me sumerja de pronto en un ensueño de desterrado en el que reaparezca Estambul. No es, no, obra sólo del arte la de que mi retiro de aquí se parezca al de cualquier emir de otros tiempos, sea semejante a una morada oriental, que, por sortilegio, se haya incrustado en medio de mi querido casón hereditario, con sus arcos dentellados, sus arcaicos bordados de oro, sus blancos enlucidos. Un hechizo

del que yo no sabré desprenderme jamás, ha sido lanzado sobre mí por el Islam en el tiempo en que yo habité las riberas del Bósforo, encanto que yo he sufrido de mil maneras, en las cosas, en los dibujos, en los colores, hasta en las raras flores de ensueño que están aquí ingénuamente pintadas sobre los azulejos de mis paredes. Y, sobre todo, me atrae este encanto triste; me lleva hacia allá, donde yo estaré mañana.

Es, pues, verdad, que voy a volver a ver a Estambul... Es, ciertamente, real y próxima esta peregrinación con la que sueño hace diez años...

En los diez años que los azares de mi profesión de marino me hacen rodar por todos los cabos del mundo, nunca he podido volver allá; ¡nunca! cual si un hado funesto, una condena sin merced, me hubiesen alejado de allí constantemente.

Jamás he podido cumplir el solemne juramento de volver, que, al partir, empeñé a una muchachita circasiana, sumida en el mayor desconsuelo.

Y nunca más he vuelto a saber de ella, que fué la mujer adorada, a quien, yo creí haberme dado por entero, en cuerpo y alma, para siempre, a través del espacio y del tiempo infinitos.

Desde que yo la abandoné, constantemente esta visión, siempre la misma, me persigue en sueños: mi navío hace en Estambul una escala inesperada, rápida, furtiva; este Estambul vuelto a ver en sueños, es raro, dilatado, deforme, siniestro; apresuradamente salto a tierra, acuciado por la fiebre de llegar hasta ella; mil circunstancias me lo impiden, y mi ansiedad va creciendo a medida que el tiempo pasa... Después, de pronto, llega el momento de maniobrar y de partir sin haber vuelto a verla, sin haber hallado nada de su rastro perdido... y es tal la congoja que experimento, que me despierta...

Para tornar a leerlo durante esta velada de espera, busqué con temor un libro que yo, tiempo atrás había publicado, por necesidad de cantar mis males, de gritarlos a voz en cuello, a los viandantes del camino, fuesen ellos quienes fuesen; libro que desde el día en que salió a luz, nunca más me atreví a abrir.

¡Pobre librito mío, muy desmañadamente compuesto, a mi ver; pero en el que yo había puesto toda mi alma de entonces; mi alma vencida, presa de los primeros vértigos mortales, creyendo que yo no volve-

ría a escribir, y que no se sabría más tarde, quien era el autor anónimo de *Aziyadé*!...

(*Aziyadé*: un nombre de mujer turca, inventado por mí, para reemplazar el verdadero, más bonito, más dulce; pero que yo quería ocultar).

Con profundo recogimiento, cual si me asomase a mirar una tumba, levantando su lauda funeraria, comencé a volver estas páginas olvidadas, sorprendentes para mí mismo que las había escrito.

Por una parte, puerilidades que me hacían sonreír. Un tal Loti convencional a quien creía yo parecerme. Y, después, aquí y allá, bravuconadas, blasfemias, banales las unas, de las que os hago merced; tan desesperadas y tan ardientes las otras, que casi se convertían en plegarias. ¡Oh, tiempos de juventud, en los que yo me permitía orar y maldecir!

Mas todo lo inexpresado, que dormía entre líneas, entre palabras sordas e impotentes, se va despertando poco a poco, surgiendo de la larga noche en que yo lo había dejado desvanecerse. Reaparecen ante mí estos insondables fondos de mi vida, de mi amor de entonces, sin los cuales, por otra parte, carecerían estas páginas de su encanto profundo y de su íntima congoja. De

vez en cuando, por un recuerdo, por un sufrimiento que este libro evoca, siento cierta glacial sacudida, un estremecimiento del alma, que proviene de los hondos abismos, entrevistos en los grandes misterios desflorados. Misterios de preexistencias, o de no sé qué incógnito, que no puede ni aún vagamente ser formulado. ¿Por qué la impresión recobrada de pronto, de un rayo de luz de la luna de mayo, sobre esta pedregosa campiña de Salónica, en la que comienza nuestra historia, es suficiente para causarme este escalofrío?... O bien la visión de un sol de tarde invernal deslizándose en nuestro recatado alojamiento de Eyub... Ya una frase pronunciada por ella, que vuelve a mi memoria, impregnada de las inflexiones de la lengua turquesca, y del sonido de su voz juvenil y grave... Ya, sencillamente, la sombra de un recio muro, que lanza sobre un rincón de una calle solitaria, la pesadumbre de una mezquita vecina...

Todas estas cosas, tan pequeñas, apenas coercibles, casi inexistentes, ¿por qué están ligadas a las profundidades desconocidas del alma humana? ¿A qué algo anterior pretenden unirse; a qué aventuras muertas ya; a qué cenizas, dolientes aún, que de tal modo hacen lamentarse? Y,

sobre todo, ¿por qué se experimenta estos extraños sacudimientos del recuerdo, únicamente cuando se trata de países, de lugares, de tiempos tocados por el amor con su varilla mágica, deliciosa y mortal?

Multitud de páginas voy volviendo sin leerlas siquiera: aquéllas en que yo había ordenado, cambiado los sucesos con mayor o menor destreza, por las necesidades del libro, o para mejor despistar indiscretas averiguaciones. Después, he aquí nuestros últimos días en Eyub, con la desgarradora despedida, mientras la primavera se derramaba una vez más sobre el viejo Estambul, sembrando por las calles tristes las blancas flores de los almendros. Y, ahora, el fin; todo este pasaje imaginario de Azrael que yo había añadido, no solamente porque se me figuraba, dadas mis ideas de entonces sobre las historias escritas, que era necesario un desenlace; sino más bien, porque yo había soñado para nosotros dos, un final así. ¡Oh! Recuerdo que había compuesto con mis lágrimas y con mi sangre el desenlace tal, y, por más que fuese inventado, ha estado tan cerca de ser verdadero, que lo releo esta noche, después de tantos años, con una turbación que no esperaba, así co-

mo si, desde ultra-tumba, se volviere a leer la página suprema de la vida...

Bien. El verdadero fin continúa aún en el misterio. Tiemblo al pensar que lo conoceré muy pronto, ya que parto mañana para remover, allá, todas estas cenizas.

En cuanto a la verdadera continuación, héla aquí, sencillamente.

No; yo no sé nada más de ella. No fundamento sobre nada la convicción, al mismo tiempo dulce y desoladora, que hago de su muerte. Poco a poco, nuestra historia de amor se detiene; pero sin solución precisa. Nuestro diálogo se ha truncado; pero sin terminar.

Las raras y breves cartas que, al principio, y a pesar de la vigilancia feroz, a través de mil dificultades lograban llegar hasta mí, cesaron, siete años ha, de traerme sus ahogados lamentos. Terminadas, también, las cartas de *Achmet*; y terminadas de un modo inquietante: convertidas en raras, en inverosímiles; llenas de confusiones de nombres y de personas, que él mismo era incapaz de sufrir, con una persistencia tal en no hablarme jamás de ella, que yo no me atreví a preguntar ni a responder, ante el temor de redes tendidas, de manos ex-

trañas, empleadas en interceptar nuestros secretos.

¿Cómo, a distancia, descifrar este enigma? ¿Qué amigo, bastante adicto, bastante hábil, bastante seguro, se encargaría de estas inquisiciones en Estambul, a través de las prisiones del harém?... Además; año tras año, yo esperaba volver y, por lo contrario, los azares de mi vida me condujeron por otra parte; al Africa, a la Chira, cada día más lejos... Entonces, poco a poco, se realizó en mí una especie de apaciguamiento de estos recuerdos, sin que yo, ciertamente fuese el culpable; y se decoloraron como empolvados, como envueltos por las cenizas del sepulcro.

Sólo por las noches, durante los momentos lúcidos del ensueño, volvía a encontrar, siempre bajo la misma forma, mis sentimientos no satisfechos; siempre los imaginarios regresos a Estambul, a las cúpulas altas y oscuras perfiladas sobre un dilatado cielo mortecino; siempre las carreras anhelantes, detenidas, a mi pesar, por insuperables inercias y sin término; y, para acabar, siempre el despertar, a la hora precisa de nuestra unión, con la angustia y el remordimiento de haber malgastado los instantes

preciosos que me hubieran sido suficientes para llegar hasta ella.

¡Oh, el extraño Estambul, la aplastante ciudad espectral que yo he visto durante mis veladas!... Alguna vez, permanecía lejana, mostrando solamente en el horizonte su silueta confusa... Al caer la tarde, desembarcaba yo en alguna playa desierta, entreviendo allá, en lontananza, las torrecillas y las cúpulas... A través de fúnebres arenales sembrados de tumbas, emprendía mi carrera, entorpecida por el sueño, o bien me hallaba en los pantanos, en los que los lirios, los juncos y toda clase de plantas acuáticas, anudándose en torno mío, se enlazaban a mí y me aprisionaban. ¡Oh! ¡Y pasaba la hora, y yo no podía avanzar!

Otras veces, mi barco de ensueño me conducía hasta los muros de una ciudad santa; y, entonces, era en las calles donde yo padecía el suplicio de no llegar jamás; perdido en el laberinto inextricable, vacío y obscuro, corriendo hacia el barrio alto de Mchmed-Fatih, donde habitaba su anciano dueño. Luego, en plena marcha, me daba, de pronto, cuenta, de que yo no podía ir directamente a su casa, y vacilaba febrilmente, mientras lucían los minutos, no sabiendo ya qué resolución adoptar para encontrar,

siquiera, algún antiguo conocido que me hablase de ella; que supiera decirme, al menos, si vivía aún, o qué pudo haberle acontecido, y—si había muerto—en qué cementerio la habían sepultado... Mi tiempo se agotaba en indecisiones, en encuentros, con gentes semejantes a espectros que me obstruían el paso... Otras veces, dilapidaba mis minutos preciosos, deteniéndome, como en mis paseos de antaño, en los bazares de armas, sentándome en los cafés, para esperar en ellos a personas a quienes yo enviaba a buscar y que no llegaban nunca; o—y esto más—me extraviaba, presa de un profundo terror, en los barrios desconocidos y desiertos; en calles cada vez más estrechas, que me aprisionaban como trampas, en medio de una noche profunda; y, para acabar, llegaba de pronto la hora, la hora inexorable de zarpar, y el exceso de inquietud me hacía despertarme.

Durante estas obsesionantes pesadillas que, durante diez años me han acometido tantas veces, jamás, jamás he vuelto a ver—siquiera fuese desfigurado o muerto—su rostro juvenil, nunca he obtenido ni la más leve indicación, por confusa, por fantástica que fuese, acerca de su destino...

Y, ahora, el maleficio que de ella me te-

nía alejado, parece roto al fin. En completa posesión de mi actividad de espíritu y de vida, voy a volver a ver, en pleno día, a pleno sol, esta ciudad, que, para mí, ha ido poco a poco, fundiéndose en un oscuro sueño, hasta el punto de llegar a tenerla yo mismo, punto menos que por quimérica. Trabajo me cuesta creer que nada entorpecerá mi camino; que llegaré al fin; que deambularé por estas calles sin ser retardado por inercias de ensueño; que interrogaré a seres vivientes y que, quizás, tropiece con el querido rastro perdido.

Realmente, parto mañana; y parto de un modo tan prosáico y positivo como para un viaje cualquiera... Abajo están ya mis maletas prestas a ser recogidas de madrugada, por el carruaje que me conducirá a la estación. Apresuradamente, como durante toda mi vida lo he hecho, atravesaré Europa; de prisa, en tres días, en el rápido de París a Bukarest. En el camino, en los Cárpatos, me detendré, no obstante, una semana, en el palacio de una reina incógnita; alto que, indudablemente, tendrá algo de encanto y de ensueño, ante la inquietante etapa final. Después, desde Varna, por el mar Negro, en veinticuatro horas, me hallaré en Constantinopla.

Mis preparativos de viaje están, por suerte, terminados con anticipación. Nada turba la paz de esta velada, rodeada de silencio y de quietud.

Aprovecho estos momentos para recoger los menudos objetos preciosos que pienso llevar conmigo: cartas, amuletos, y cierta sortija que ella me había dado. Después, pleno de unción y de recogimiento, abro un cajoncito misterioso oculto bajo antiguos bordados orientales. Es la cuna en que duermen mil cositas traídas de Eyub; hojillas sobre las cuales aparecen algunas palabras turquescas, trazadas torpemente, con su escritura infantil; trozos cortados de la tela de nuestro diván de Brousse; restos de pobres flores que en otro tiempo crecieron durante la primavera, en los jardines de Estambul. En lo más hondo de este escondrijo, entre despojos, busco una dirección en caracteres arábigos que Achmet dictó al escribano público de la plaza de Jení-Djamí, la mañana misma de mi marcha. Según él, la nota habría de servirme de recurso supremo para encontrarlo, si yo no regresaba sino después de largos años, una vez agotados todos los sobres dirigidos a su propio nombre, dictado la antevíspera por Aziyadé: únicos medios de correspondencia con ellos.

Héla aquí, la minuta. Tiene cinco o seis líneas, y no termina del todo. Da el nombre y el escondite de una vieja armenia: «Anaktar-Chiraz; que vive en el arrabal de Karrim-Pachá, en una casita baja, en la plaza de Hadji-Alí. Al lado hay un vendedor de frutas y, en frente, un viejo que vende turbantes».

Achmet creía que esta mujer no abandonaría jamás su casa, por ser dueña de ella. Antes, ella le había recogido y cuidado durante no sé qué enfermedad, cuando él era un pobre niño huérfano. Según él, la viejecita lo quería mucho, y sabría siempre donde encontrarlo, aunque hubiese cambiado veinte veces de oficio y de hospedaje. ¡Pobre dirección cándida, que fué escrita, —¡oh, cuán bien lo recuerdo!— al aire libre, al fin de la mezquita, bajo los plátanos, con un claro sol de primavera y de juventud, y que ha dormido después, durante diez años, en las lobregueces de este cajón, mientras yo recorría el mundo!... Ha empalidecido; ha amarilleado; ha tomado el aspecto de un viejo documento concerniente a personas ya difuntas... Me hace daño volver a verla, tan ajada. Me parece inverosímil que pueda yo conducirla de nuevo al gran luminar de oriente y que las palabras

escritas en ella puedan servirme jamás para anudar un hilo conductor hacia seres que están aún vivos, que son reales, y no mitos fraguados por mi imaginación; espectros de mi memoria. Esta anciana armenia, este comerciante en frutas, este vendedor de turbantes, pobres gentecillas cualesquiera de un perdido arrabal; y aún este mismo barrio antiguo y mísero al que recuerdo vagamente haber ido una vez o dos, a sentarme con Achmet, a la hora crepuscular, bajo las parras centenarias de un melancólico café turco... ¿quién sabe lo que habrá sido de todo ello?... De todo ello, ¿quién sabe que es lo que yo encontraré!

Diez años son, por sí, un profundo retroceso en el que todas las imágenes se esfuman en la misma bruma. También, al principio, mi ensueño, se ha mantenido en un sentimiento de ansiedad aunque adormecido; mejor aún, de tranquila melancolía. Más he aquí, que, de pronto, una honda confusión me invade ante esta reflexión súbita: «¡Luego puede decirse, que ella vive!»... Durante tan largo tiempo, jamás esta idea se ha alzado ante mí de un modo tan pungente. En efecto... Puesto que yo no sé, nada; toda vez que yo no estoy seguro de nada, no es cosa imposible, que

pronto, dentro de pocos días—idea que, me hacía temblar de miedo, como si ello fuese a realizarse mañana—me hallase yo de nuevo ante ella. ¡Oh! volver a encontrarme de nuevo ante su mirada, que yo creí para siempre extinta; ante su mirada de dolor o de gozo; volver a contemplar—como ella decía—sus «ojos cara a cara!»... ¡Oh, qué congoja, que embriaguez las de aquel momento!...

¿Cómo estaría ella entonces?... ¿Cómo se conservaría su faz de veintiocho años?... ¿Se presentaría de nuevo ante mi con toda su femenina hermosura?... ¿Sería la misma muchachita de antes, esbelta, de verdes ojos del color del mar? ¿O bien, quién sabe si marchita, agostada, hija al fin, de la carne y del amor?... ¿Qué importa? Aunque estuviese envejecida y expirante... Yo la amo aún... Pero, de todos modos, el instante de esta extraña entrevista, será para entrambos un poco terrible y no habrá continuación, no habrá arreglo que pueda afrontarse sin espanto. Aziyadé y Loti, los de antaño, al menos, están bien muertos; lo que de ellos pueda quedar, se ha transformado; apenas les queda un leve parecido de rostro y de alma, como lo afirma este librito infantil que yo acabo de cerrar; los dos han muerto.

Es casi un sacrilegio decirlo: en los momentos actuales, creo yo que preferiría estar seguro de que sólo una tumba hallaría allá. Por ella y por mí, preferiría, que fuese ella quien me hubiese precedido en la destrucción final, en la reintegración al polvo inerte, que no piensa ni sufre. Y, entonces, iría yo a sostener mi juramento de retorno, ante alguna de esas urnas funerarias de místicas inscripciones de esperanza que tan severamente atraviesan la eternidad de los tiempos, en los bosques de cipreses.

Todo es pesadumbre e inquietud esta noche en mi alojamiento. Todo ha adquirido un aire lúgubre, al contacto de este sólo reverbero que deja sumido el fondo de la habitación en una obscuridad confusa. Acá y allá relucen los machetes de acero, las curvas hojas de los yataganes, y, sobre el rojo oscuro de la pintura de las paredes, los bordados exóticos parecen la representación simbólica de los misterios de Oriente, que son para mí, absolutamente incomprensibles. ¿Qué seres desconocidos, de una generación que precedió a la nuestra, han trazado en estos dibujos sus sueños, sus sueños inmutables? Aquellos que templaron estas armas y batieron estos oros, ¿qué quimeras acariciaban, qué esperanzas, qué amores? Yo

siento más lejos de mí que nunca, esos creyentes que ahora duermen en tierra santa, al pie de las blancas mezquitas. Todo este decorado oriental, se concita esta noche para hacerme sentir mejor cuán desemejantes son, hasta en el espíritu, las diversas razas humanas, y cuánta insensatez existe y cuán imposible y funesto es esto de ir a buscar el amor a aquellas tierras. Entre los dos distanciados que se aman, queda siempre la barrera de la herencia y de la educación fundamentalmente distintas; el abismo de mil cosas incomprensibles. Y es necesario preveer que, en seguida, cuando llegue su fin, ni aun tendrían para arrullarlos juntos en la hora postrera, un recuerdo común, un poco dulce, de las ilusiones religiosas de su infancia, ni la misma tierra, después para reunirlos.

Parece que el tiempo y la muerte os separan ya por anticipado, y que en ellos van a disolverse dos negaciones opuestas.

Aquí están las cosas impregnadas de perfumes turquescos como en un serrallo. Esto es demasiado, ya. Este silencio, enervante también aumenta aún la pesadez perfumada del aire. Abro de par en par las ventanas.

Continúa imperando el silencio, aumenta-

do aún, prolongado por el hondo callar de todo el contorno. Por el ventanal se deslizan una mariposa y los hilados rayos de luz de la luna. Con ellos, penetra una ráfaga de frescor, una brisa exquisita proveniente de los jardines, de la campiña, de las grandes marismas, por encima de los olmos de las murallas. Al contacto de este airecillo fresco me siento despertar cual si me librara de un sueño tenebroso y me acodo a la ventana para respirar la vida. Las cosas familiares de la vecindad se me aparecen entonces; los lugares siempre conocidos. Los reflejos lunares les prestan esta noche algo de tranquilidad inmutable; un no sé qué de irreal, de fantástico; más ellos son ciertamente los mismos, los mismos que yo he visto durante toda mi vida: estos viejos tejados; estos hastiales; las hondas zanjas de los jardines; las sombrías masas de verdura... y diríase que todo esto, me canta ahora un breve himno melancólico de la tierra natal, que me aconseja no la abandone. ¡Tantos y tantos más sencillos que yo, no han desertado jamás este país, ni aún este vecindario!... Quizá, si yo hubiese obrado como ellos...

Una vaharada asciende de los jardines; un olor a humedad, a musgo, a hojas muertas, peculiar de las primeras noches frías en

las que se elevan las primeras nieblas ligeras. ¡Otoño ya! Un verano más que se va, que habrá ya transcurrido cuando yo vuelva a Estambul. ¡Oh! Y yo voy, por este viaje, a perder nuestros últimos hermosos días de aquí, en plena floración, la más bella, de los rosales de nuestros muros; y, este año, no veré ya dos amados vestidos negros paseándose por nuestro patio, durante, los últimos esplendor de septiembre... Y, dado lo imprevisto de mi profesión de marino, ¿quién sabe cuando volveré a ver estas casas?... Heme aquí, ahora, indeciso, en esta víspera de marcha, átristado, casi retenido, por el sentimiento de lo que abandono.

Después, bruscamente, todo cambia desde que he penetrado en el gabinetito turco, rojo oscuro, en que lucen las armas. Todo se olvida ante la inquieta impaciencia de Estambul, sencillamente a causa de un amuleto que yo he ido a buscar en el fondo de un cofre, y que he colgado de mi cuello.

Desde mucho tiempo atrás no había yo visto este amuleto de Oriente. Está compuesto por no sé qué minúsculos objetos misteriosos encerrados en un saquito; la bolsita, cosida bastante torpemente por una mano poco diestra, que había procurado, por tanto, esmerarse en su labor, está construída

con un trozo de brocado de oro en el que aparece bordada una flor color de rosa. A este fin, la tela ha sido cortada, escogida entre lo que restaba mejor conservado de cierto vestidito que una niña circasiana había llevado durante dos años de su vida, para ir al colegio, por entre sendas de altas hierbas a lo largo del Bósforo, en el pueblecito de Kanlidja.

Creo yo que es tan antigua como el mundo esta puerilidad de cambiar entre sí, cuando se ama, livianas cosillas, pertenecientes a los primeros años de la existencia para hacerse con ellas, amuletos contra el mútuo olvido. Esto lo he visto ya, repetidas veces, entre gentes de razas completamente distintas. Y esta uniformidad en los sentimientos humanos, es, ¡ay! para hacerme dudar, anticipadamente, de la propia individualidad de las almas. Cuando se piensa en esto, se está tentado — tan parecidas son — a no mirarlas más que como emanaciones efímeras de ese mismo todo impersonal, que es la *especie*, indefinidamente renovada.

Así, pues, ocurre en nosotros: cuando el amor crece y se eleva a convertirse en aspiración de duración eterna, o cuando la amistad llega a hacerse lo bastante profunda para hacer sentir la inquietud de su fin, se

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE NEVADA LEON
 ALFONSO REYES
 1930. 1625 MONTEREY, CALIF.

acaba por volver las miradas atrás, hacia la infancia de aquéla quien se ama. El presente nos parece insuficiente y corto; y, entonces, como se sabe que lo porvenir, *acaso no llegue jamás*, se trata de volver a apresar lo pasado; que, por lo menos, *ha sido*. ¿A quién te parecías tú cuando eras chiquitina?... Dime ¿cómo era tu carita?... ¿Cómo tus vestidos?... ¿Con qué soñabas tú cuando eras muchacha?... ¿Cómo eran tus andares y tus juegos?... Y yo, a mi vez, yo tengo también que contarte mis primeras alegrías de niño; mis primeras penas; hasta yo mismo, tengo interés en obsequiarte con una cosita de aquellos tiempos; una nonada que tengo en la mayor estima...» En Eyub, en el misterio, preñado de peligros, de nuestro cuartito turco, encerrados en él los dos, inquietos ante los menores ruidos que herían el pesado silencio que nos rodeaba, con frecuencia dedicábamos nuestras veladas de invierno a charlas de esta clase. ¡Y cuántas veces, durante mi vida,—antes de haberla conocido y después de haberla casi olvidado—cuántas veces ¡ay! he hecho lo propio, con unos y con otros, bajo la influencia de amistades dulces o poseído por el hechizo mortal de los amores! ¡Oh, señuelo piadoso, apesar de todos los pesares!

Y, sin embargo, quizás, la más hermosa parte de embriaguez de la vida, tras la cual deberá uno, acaso, contentarse con morir, ha consistido en que una muchachita deliciosa haya experimentado la necesidad de entregar un amuleto contra el olvido, y lo haya construido desgarrando la más sagrada de sus reliquias infantiles.

Este talismán de brocado de oro, ha producido, además, esta noche, su efecto mágico; pues ha completado de un modo misterioso, la evocación comenzada por la lectura del libro. De pronto, la que me lo había dado, se me aparece como si estuviese presente. Yo la veo, atando el amuleto a mi cuello; después, alzando hacia mí sus miradas, en las que se transparentaba su almita sencilla y grave; su rostro ha surgido de la noche, con la expresión de los posteros días y la suprema interrogación de sus ojos... Lo que quizás había entonces de un tanto ficticio; de un tanto vacilante ahora en mis sentimientos hacia ella, se ha disipado como una nube, con lo que, yo me he dicho, a mí mismo, de razonable, de frío, de egoísta y de tremendo, sobre las probabilidades de su muerte. ¡Oh, no! ¡En lugar de su tumba, que la encuentre pronto a ella, sea como sea y cueste lo que cues-

te! Aunque tenga yo que comenzar, después, a sufrir de nuevo, prefiero volver a verla. No es que lo espere, no; pero siento dentro de mí, que lo deseo a pesar de todo. ¡Oh! Volver a hallarla, aunque sea envejecida, aunque sea a punto de morir, aún convertida en sombra consciente, que pudiese comprender que yo he vuelto, y que escuchase aún mi demanda de perdón... Sombra que conservase aún la expresión de sus ojos; y a quien pudiese yo amar un instante, con lo más puro de mi alma y lo más tierno de mi piedad. O, si fuere menester, aunque la hallase después de haberme olvidado, joven aún, siempre hermosa, disfrutando en paz del estío de su vida; de algunos años de sol que constituyen su patrimonio, el de ella, como el de todas las demás criaturas, y que no tengo derecho alguno a arrebatarle.

Estas barreras de que yo hablaba; estas profundas diferencias de razas y de religiones, ¿no sé yo ya que todo eso existe? Por encima de todo eso pasa el amor, el encanto de una mirada, que va del fondo de un alma al de otra. Y, en este instante, si ella estuviese cerca de aquí, iría a buscarla de la mano, y sin vacilación, con una sonrisa, la conduciría hasta colocarla en me-

dio de cuanto de más querido y de más respetado existe para mí.

Todas mis vacilantes impresiones de esta velada, se funden ahora—en este desesperanzado arranque hacia ella, — en el tiernísimo deseo de verla una vez más.